

CIENCIA

Mi encuentro con Ludwik Fleck

Extracto del prólogo a la edición británica

THOMAS KUHN
La aparición de una traducción de la obra de Fleck, *La génesis y el desarrollo de un hecho científico*, satisface un deseo que concebí al descubrir este libro hace un cuarto de siglo, y que en repetidas ocasiones he comunicado a amigos y conocidos.

En 26 años sólo he sabido de dos personas que lo hayan leído sin que yo hubiera tenido que sugerírselo. (Una de ellas fue Edward Shiles, quien, al parecer, lo ha leído todo; la otra, era Mark Kac, que había conocido personalmente al autor.) Los editores de la presente traducción me dicen, por su parte, que también ellos me deben igual sugerencia. No he podido declinar, pues, su invitación a escribir una nota introductoria que reflejase mi propio encuentro con Fleck.

A lo que puedo recordar, leí por primera vez este libro durante el año 1949 o a comienzos de 1950. En esa época era yo miembro de la Harvard Society of Fellows, y acariciaba el proyecto de dejar la investigación en física por la historia de la ciencia y explorar una revelación que me había sobrevenido dos o tres años antes.

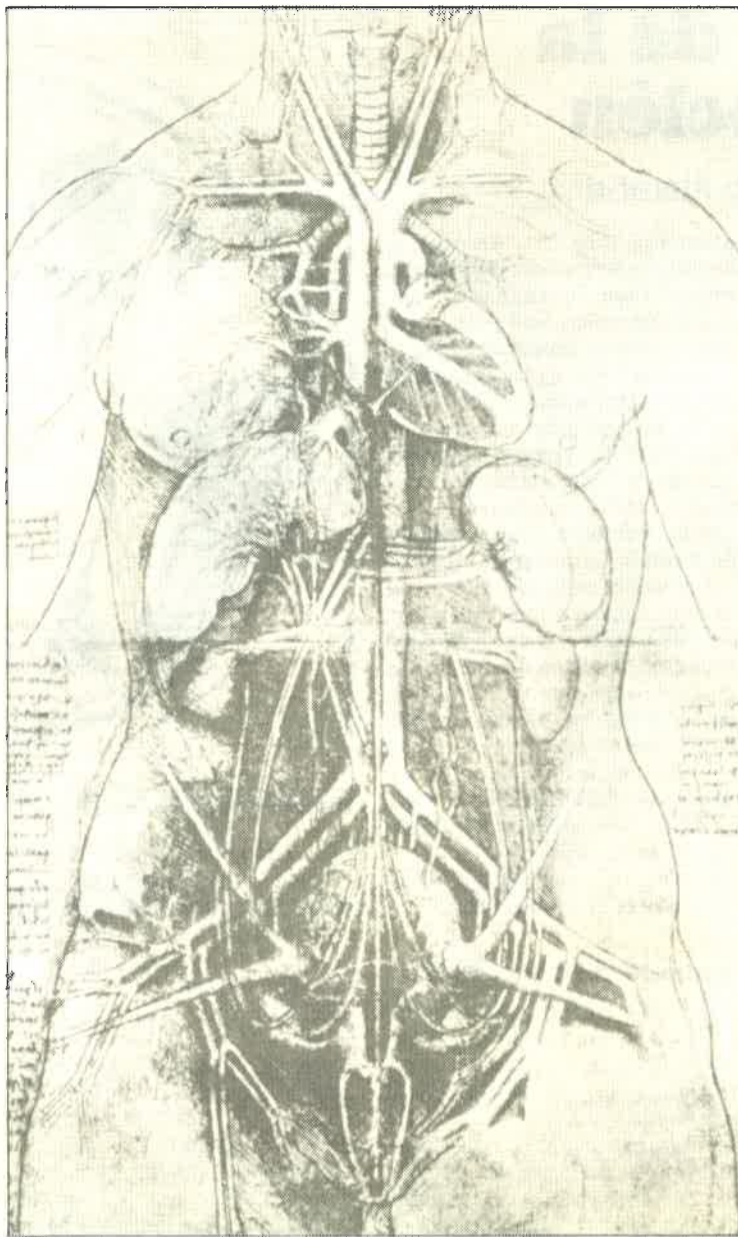
Esa revelación se refería al papel que juegan en el desarrollo científico los episodios ocasionales no acumulativos que desde entonces he llamado revoluciones científicas. Sobre esta materia no había bibliografía establecida, y por ello mis lecturas tenían un carácter exploratorio y azaroso. Una nota de pie de página me llevó hasta Fleck.

Más de una vez se me ha preguntado qué tomé de él. Sólo puedo responder que estoy bien lejos de saberlo. Seguramente me proporcionó un confortable respaldo, ya que en 1950 y hasta varios años después no tuve noticia de la existencia de una sola persona que viese en la historia de la ciencia lo que yo estaba descubriendo en Fleck. Es muy probable también que la familiaridad con su texto me ayudase a

comprender que los problemas que me preocupaban tenían una dimensión fundamentalmente sociológica. En cualquier caso, éste es el contexto en que cito su libro en el prólogo de mi *Estructura de las revoluciones científicas*. Pero no estoy seguro de haber tomado, en concreto, mucho más de la obra de Fleck, aunque, obviamente, pude y debí, sin duda, hacerlo. Por aquel entonces me resultaba extremadamente difícil el alemán de Fleck, debido en parte a lo deficiente del mío, y en parte a que me faltaba el conocimiento básico y el vocabulario preciso para asimilar sus disquisiciones sobre medicina y bioquímica, especialmente teniendo en cuenta la perspectiva —para mi desconocida y, sin embargo, vagamente repulsiva— de una sociología de la mente colectiva. Mis anotaciones al margen del ejemplar que utilicé sugieren que yo me aprestaba a responder primariamente a lo que hacía ya largo tiempo me rondaba por la cabeza: los cambios *gestálticos* en que se presenta la naturaleza y cuán difícil resulta considerar al *hecho* independientemente del "punto de vista".

Revistas y manuales

Releyendo ahora el libro —cosa que no había vuelto a hacer desde entonces— encuentro multitud de sugerencias que podría haber elaborado provechosamente en mi tratamiento del tema. Me ha impresionado mucho, por ejemplo, la discusión que lleva a cabo Fleck sobre la relación entre la ciencia de las revistas especializadas y la ciencia de los manuales. Tal vez esta discusión haya sido el origen de mis propias observaciones sobre la ciencia de los libros de texto. Pero la atención de Fleck apuntaba a otros extremos: por un lado, al carácter personal, provisional e incoherente de la ciencia que se cultiva en las revistas especializadas, y por otro, al acto esencial y creativo de los indivi-



Estudio anatómico de Leonardo da Vinci.

duos que introducen orden y autoridad al efectuar la sistematización selectiva propia del contexto de un manual. Tales extremos, en los que yo no supe reparar, merecen mayor consideración, tanto más cuanto que pueden ser abordados empíricamente. Asimismo, y dados mis personales y especiales intereses, quedé particularmente impresionado por las observaciones de Fleck relativas a las dificultades de transmisión de ideas entre dos *colectivos de pensamiento*.

Los lectores encontrarán muchos otros panoramas similares en el rico y penetrante libro de Fleck. Aunque han ocurrido mu-

chas cosas desde su publicación, sigue siendo una mina en buena medida aún por explotar. Pero la posición adoptada por su autor no está libre de problemas fundamentales que, a mi juicio, gravitan, como ya me pareció ver en mi primera lectura, en torno a la noción de colectivo de pensamiento. Lo que me preocupa no es que un colectivo de pensamiento sea una noción hipostasiada, aunque pienso que lo es. La propia respuesta de Fleck a esta objeción parece adecuada. Pero creo que esa noción es intrínsecamente conducente a error y una fuente de recurrentes tensiones en el texto de Fleck.

Dicho en pocas palabras: un colectivo de pensamiento parece funcionar como una mente individual a gran escala porque muchas personas lo poseen (o son poseídas por él). Para explicar su aparente autoridad legislativa, Fleck recurre reiteradamente a términos tomados del discurso sobre individuos. A veces escribe sobre la "tenacidad" de sistemas cerrados de opinión.

Materiales empíricos

Los miembros de un colectivo de pensamiento que ha logrado imponerse llegan a participar en lo que Fleck describe como "una especie de armonía de ilusiones". No cabe duda de que la intención de la última frase es metafórica; pero la metáfora es peligrosa, porque refuerza la impresión de que, en la ausencia de presiones sociales, se pudiera haber evitado la ilusión. "Si los hallazgos de Siegel hubieran ejercido la *apropiada* influencia y recibido una medida *adecuada* de publicidad..., el concepto de sífilis sería hoy diferente".

Otras frases del libro de Fleck sugieren una posición muy distinta, que se acerca mucho más a la mía. La fuerza de un colectivo de pensamiento, es, por ejemplo, descrita a veces como una *cum-pulsión* o una *constricción intrínseca*. Estas y muchas otras frases del libro indican que los efectos de participación en un colectivo de pensamiento son, en algún sentido, categóricos o *a priori*. Lo que el colectivo de pensamiento suministra a sus miembros es algo parecido a las categorías kantianas, que son prerequisites de todo pensamiento en general. La autoridad de un colectivo de pensamiento es así más bien lógica que social, aun cuando exista para el individuo sólo por virtud de su inducción en un grupo.

No obstante, llamar la atención sobre estos problemas centrales en modo alguno significa desacreditar a Fleck. Las dificultades a que apuntan estos párrafos han sido cruciales en la filosofía de Wittgenstein y todavía están por resolver. Haberlas detectado en los materiales empíricos de la historia de la ciencia puede ser suficiente aportación.

Traducción: Carmen García Trevijano.

El mal venéreo y las revoluciones científicas

La génesis y el desarrollo de un hecho científico. Introducción a la teoría del estilo de pensamiento y del colectivo de pensamiento.

Ludwik Fleck. Traducción del alemán por Luis Meana. Madrid, Alianza Editorial, 1986; 200 páginas. 1.750 pesetas.

MANUEL GARRIDO

Una de las tácticas de Nabokov en *Lolita* consiste en mencionar tan solapadamente al antagonista del relato que sólo después de repasar las páginas leídas puede uno caer en la cuenta de que están plagadas de referencias al depravado dentista que causó el infortunio de Humbert Humbert. Con idéntica maestría supo exponer sus varios propósitos Thomas Kuhn en el memorable ensayo *La estructura de las revoluciones científicas* (1962). Y una buena manera de comprobarlo sería volverlo a leer para rastrear entre sus páginas las huellas del pensamiento de Fleck, el infortu-

nado autor de una interesante monografía, *La génesis y el desarrollo de un hecho científico*, que cayó en el vacío desde el año mismo de su aparición (1935), pero que, precisamente gracias a Kuhn, ha sido redescubierta en Europa y Estados Unidos 45 años más tarde, hacia 1979. Ahora Alianza Editorial la ofrece al público español en una cuidada traducción de Luis Meana.

Fleck fue un importante investigador en microbiología, y el hecho que somete en esta monografía a análisis epistemológico, la sífilis, está tomado del campo de la historia de la medicina.

Súbitamente difundido en Europa a finales del siglo XV, este azote carnal o *mal francés* —así llamado por los mercenarios franceses que combatían en Italia— fue primeramente interpretado en función de la idea de pecado y los poderes astrales ("esta enfermedad es especialmente fomentada por el signo de Escorpio, que regula los órganos

sexuales", enseñan los tratados *De morbo gallico* de la época). Pronto la observación vinculó la enfermedad al tratamiento con mercurio, y luego a la idea de afección sanguínea. Pero sólo en el siglo XX, con el sensacional hallazgo del *test* serológico de Wassermann y el descubrimiento de la bacteria *Spirocheta pallida*, se elabora el concepto científico actual de sífilis como entidad nosológica de etiología probada.

Estilos de pensamiento

La principal consecuencia epistemológica que extrae Fleck de su análisis es que los hechos científicos no son, como pretendían los positivistas lógicos, la roca viva e inmutable sobre la que se asientan las teorías, sino que quedan tan afectados como éstas por el flujo histórico. Ni los hechos ni las teorías serían verdades absolutas, sino relativas a un conjunto de categorías históricas propias de cada época y de cada cul-



tura que Fleck llamó "estilos de pensamiento".

Los hechos serían, dice Fleck, preludeando a Kuhn, puntos de resistencia que los estilos de pensamiento deberán, en la medida de lo posible, controlar y asimilar. Entre los distintos estilos de pensamiento prevalece el conflicto sobre el diálogo, y del encuentro polémico entre dos estilos puede surgir, como sucede con el choque kuhniano entre paradig-

mas, un nuevo tercer estilo. Los sujetos portadores de los estilos son los "colectivos de pensamiento", expresión que utiliza Fleck para describir a las comunidades científicas en términos, algo chocantes, de hipóstasis metafísica que una mente empírica, como ha advertido luego Kuhn, sabría aceptar.

La doble condición de judío y polaco marcó tristemente la vida de Fleck. Asesinadas sus hermanas por los nazis y obligado por éstos a investigar a su servicio, fue testigo del holocausto en Auschwitz y Buchenwald. Su libro, publicado un año después que *La lógica de la investigación científica*, de Karl Popper, estuvo bien lejos de encontrar igual reconocimiento. La muerte le sobrevino mucho más tarde, en 1961, tras haber emigrado a Israel. Seguramente no imaginaria que al año siguiente iba a aparecer un libro, *La estructura de las revoluciones científicas*, que, inspirándose en más de un aspecto en su teoría de los estilos de pensamiento, habría de determinar un cambio de paradigma en la filosofía de la ciencia de la segunda mitad del siglo XX.